

Josefina Solano Maldonado nació en Alhaurín el Grande (Málaga) en 1970, es Licenciada en Filología Clásica y Filología Hispánica, y ha cursado estudios de doctorado en Literaturas Hispánicas en la Universidad de Málaga. Ha sido galardonada en numerosos certámenes literarios nacionales e internacionales, entre los que podemos citar el el Premio de Novela “Comarca del Maestrazgo 2011”, el Premio Internacional de Narrativa “Vivir” (Cuenca) o el Internacional de narrativa corta “Ciudad de Torremolinos” (Málaga).

Josefina Solano Maldonado
Alhaurín el Grande, Málaga, 1970
Primer Accésit

EL FILÓLOGO IMPERTINENTE

RECICLAJE Y OPUESTOS *Luis*

Antes de subir a mi habitación, en la residencia de estudiantes, enciendo un cigarrillo y me apoyo en el quicio de la puerta. La luna se encarama en un cielo vagabundo, y parece que deja sobre el asfalto un puñado de mariposas secas. La ciudad me parece una nave, varada sobre una tierra amarilla, en la que hay enterrados miles de sueños. Miro otra vez al cielo y se me ocurre pensar que está hecho de camelias negras, o quizás de la misma materia con que se elaboran los deseos que se cumplen demasiado tarde.

Me llega radio que siempre tiene puesta Ernesto, mi compañero de habitación, estudiante de Derecho. Le encanta poner el dial en “Todo noticias” para sentirse importante, e ir metiéndose en su personaje de futuro abogado. En cambio yo estoy harto de ese lenguaje entre leguleyo y beato que escupen las noticias, ese lenguaje de mitin que abraza siempre las cosas banales. Estoy harto de esos ridículos titulares y ese merchandising cutre con que se nos intenta vender la prosperidad.

Yo, Luis Castaneda, estoy harto del necrosamiento agudo que sufre el sentido crítico, y que deja campar a sus anchas las diarreas mentales de los demagogos.

Ha quitado la radio el bueno de Ernestito. ¡Menos mal!

Mientras me fumo el segundo pitillo, me asalta el deseo de mirar las cosas de nuevo, armando la lógica de todo, usando el reciclaje y todos sus opuestos. Ya me he dado cuenta de que los sueños son desertores con traje de visita, y de que, detrás de la conciencia, viene el remordimiento, la ceniza fría de la mentira y los corazones de ginebra.

Fumo y miro a esos seres que se pasean por esta calle como si tuvieran el alma deshuesada, o como si llevaran a cuestas todo el valor sustancial del vértigo, o como si fueran contorsionistas, que doblan sus cuerpos al lado contrario de esas reflexiones sesudas y vacías, que llenan los periódicos, y que a ellos les importa un carajo.

Somos como marionetas danzando en el viejo teatro del mundo, somos títeres resignados que paseamos por la ciudad en busca de no se sabe qué revolución o futuro. Después de la séptima calada escucho la música herida de unos tacones de mujer. Pasa una prostituta de pelo rubio y ojos verdes que camina dejando sobre la acera la canción triste de sus pasos. Me observa un instante con esa mirada turbia y soviética que vive al margen de los sueños. Y yo pienso que en su boca ya no caben más besos. Pienso que su pintura de labios tiene que tener azúcar para caramelizar el asco de unos labios anónimos que quizás sepan a vodka, a nicotina o a infamia. Pienso en todos esos tipos grises que se pasan el día manejando números para que al final le salgan las cuentas entre las piernas de una mujer como ella.

Le doy una calada honda al cigarro y se me antoja ponerle un nombre a la chica, sí, la voy a llamar Ivana. Ahora pienso que la tristeza de Ivana tiene que tener peso: cien gramos de locura y quinientos de amargo escepticismo. Al lado de su corazón debe haber un litro de alma estancada, y en la laringe mililitros enteros de una voz trasera y desolada. Guarda la dosis justa de lágrimas para no ahogarse en la lluvia cuando pasan cosas importantes que ella fabrica con la misma pasta que las cosas inútiles. También imagino que en los poros de su piel hay dosis de veneno, que paraliza a todo aquel que posee la extraña felicidad del desamparo.

Hago figuras con el humo en el frío de la noche. Pasa un mendigo arrastrando su carrito lleno de cartones y pienso que la existencia no es la más fuerte de las razones, cuando se vive con el único deseo de no morir desplomado bajo la lluvia, sin poder ajustarles las cuentas a la memoria. El mendigo se para un momento frente al contenedor de basura que tengo a tres metros de distancia, y rebusca, como si quisiera encontrar algo que sea un poco mejor que un disparo por la espalda. De vez en cuando mira al cielo en un ademán de urraca imperturbable, recogiendo con avidez lo que le resulta útil, tragándose sus farfalleos y esa ilusión ortopédica que gastan los parias. Carga la mercancía y camina errático y vagabundo como un perro enfermo, sin importarle ninguna otra doctrina que no sea un trozo de acera para pasar la noche. Sin duda lo que más le inquieta son las impertinentes punzadas de angustia que gimen mansamente en su pecho. Lo llamo Rafael, tiene pinta de llamarse así, tiene que tener un nombre de arcángel malogrado que rehúsa las conversaciones sensatas, es como si fuera un personaje inacabado o herido. Rafael sabe ya que los cuentos de hadas se olvidan en las mesas de disecciones del raciocinio, que dentro de los violines hay un frío hueco donde duele el amor, que en la superficie de cualquier hombre, un romántico acto de heroísmo puede quedar reducido a la nada cuando la chica agacha la cabeza y te esquivo. Rafael está ya de vuelta de todo. El arcángel derrotado dobla la esquina, el chirrido de catre viejo de su carrito se hace cada vez menos audible, hasta perderse del todo en las vísceras de la noche.

Aplasto la colilla con el zapato y Ángel *El Lunático* –así lo denominan por este barrio- se acerca enseñándome su enorme risa desdentada. Envuelve su cuerpo flaco en una chaqueta de pana raída, y sostiene entre las manos un destornillador sin mango. Dicen que fue profesor durante unos años en la Universidad, antes de perder la cordura. Ángel me cuenta que está diseñando un cohete supersónico que lo llevará de nuevo a la luna, porque afirma que fue él el primer hombre que llegó a la luna y plantó la bandera. Levanta el brazo y grita que tiene la herramienta más poderosa del mundo. Me enseña el destornillador y me dice que con él ha fabricado cientos de máquinas. Le pregunto si ha conseguido realizar alguna para acabar con la tristeza y la soledad. Me mira despectivamente, como si la pregunta fuera una impertinencia, y responde que tiene máquinas para todo. A un lunático no se le perdona el hecho de llevar una vida reposada en la que se excluya el éxito, un lunático tiene aspiraciones que cuajan cuando por haberlo exagerado todo, recibe el don

de una creatividad ilimitada con más de un millón de soluciones. Cuando el reloj es la úlcera que más duele *El Lunático* es Peter Pan y juega con los cochecitos de colores, que alguna vez encontró removiendo en la basura.

Cojo el ascensor y subo al tercer piso donde está mi habitación. Estudio Filología Hispánica, me encanta la literatura, aunque en estos tiempos eso te lleve a terminar trabajando en la cantina del churrero. No me gustaría, después de acabar la carrera, optar a las oposiciones de Secundaria. Ya me ha contado mi buen amigo Guzmán, que él lo hizo y se despeñó la testa y el ánimo después de la experiencia. Le tocó *La Celestina*. Según me había contado tenías que vomitar la teoría en el examen siguiendo la norma de los temarios de Academias Para Opositores, que usaba el tribunal para corregir, y que, dicho sea de paso, parecían escritos por retrasados mentales. No podías salirte lo más mínimo del guión. En las oposiciones que él libró aquel año, no podías arriesgar describiendo tu propia visión de *La Celestina*, la visión del que se ha leído con pasión la obra, porque eso era lo que los ortodoxos miembros del tribunal consideraban una inmoralidad y un craso error. Para triunfar había que repetir como un papagayo lo que un memo vino a copiar de otro más memo que él. No valía la opinión del lector, valía la dicción higiénica y pasteurizada de los temarios, ya elaborados en fábricas *copy & paste*, la conciencia erudita de unos tipos que parecían disputarse en un juego de cartas tu pan y tu futuro.

Después de perder la compostura durante un mes entero en un garito de mala fama, donde íbamos todos los universitarios, mi amigo Guzmán aceptó sin dilaciones el puesto que el churrero del barrio le había ofrecido. No podía seguir con los bolsillos vacíos y los pañuelos reventando de lágrimas. Siempre era mejor ser un churrero íntegro que un vate borracho a punto de echar el hígado por la boca.

TRENES IMAGINARIOS *Gustavo*

Desde que era niño soñaba con convertirme en ingeniero de ferrocarriles para construir vías y trenes y luego recorrer el mundo en ellos. Pero en casa no había ni para comer, ¡menudos tiempos aquellos! Tuve que irme a Alemania, donde pasé cinco años. Volví para casarme y empecé a trabajar en una fábrica de colchones, donde he permanecido hasta hace cinco meses. He recibido la jubilación anticipada, porque la fábrica, como tantas otras empresas, se ha ido al carajo. Paso el día haciendo las maquetas de todos esos trenes en los que hubiese querido viajar a rincones lejanos del planeta. De vez en cuando levanto la cabeza y miro la luz enferma que se deposita en la foto de Comunión de Luisito. ¡Pobre Luisito! Yo me sacrificué para que estudiara la carrera. Me hubiese gustado que estudiara Ingeniería, Derecho o Medicina, porque con eso de la Filología me da en la nariz que no va a comer el día de mañana. Pero en realidad ¿qué universitario recién licenciado encuentra ahora un trabajo en lo suyo y rápidamente? Suena ya casi a utopía... Parece como si todo lo que los de mi generación construimos para cambiar esto no hubiera servido para nada. Yo luché para que Luisito tuviera una vida mejor que la mía, y ¿ahora qué? Nada, todas las puertas des u futuro parecen estar ya cerradas...

GENÉTICA Y PARADOJA *Luis*

Cuando entro en mi habitación, Ernesto enseña esa mirada triste de animal herido. Lo voy conociendo por dentro, sin teatros, lealmente. Igual que Ivana tiene en los ojos muchos gramos de soledad y muchos litros de agua estancada en los alrededores del alma. Igual que Rafael, el mendigo de los cartones, Ernesto tiene tendencia al desarraigo; mastica el nombre de Dios; percibe su sabor acre; y duda de sus convicciones morales. Hay ocasiones en las que enseña una sonrisa levemente cínica, como la del *Lunático* que no sabe tampoco sonreír como lo hacen los niños cuando juegan. Ernesto respira dentro de la misma secuencia, y se reequilibra casi de manera automática en la esperanza. Está convencido que eso de la conciencia va por ciclos, y que la suya ha entrado en esa fase donde se acepta con sensatez el mañana. Y mientras manipula la radio debe pensar que también hay gente que se muere lentamente en la fatiga diaria de existir.

OFICIO DE HIPOCONDRIACA *Ángeles*

Estoy mareada ¡tengo que tener la tensión por las nubes! Cualquier día de estos me van a encontrar muerta... Ni el niño, ni el padre me hacen caso, uno armando trenes y el otro con los libros... Ya le dije yo que tenía que haber estudiado para médico, que eso de la filología y la literatura no son cosas que dejen dinero, pero el niño como siempre se empeña en llevarme la contraria. Mientras su padre y yo vivamos no le va a faltar un cacho de pan que llevarse a la boca, pero yo estoy ya con un pie en el cementerio... ¡Es que estoy malísima! Tengo fatal el estómago, las piernas las tengo llenas de varices, y vete tú a saber si no me está saliendo una cosa mala. ¡Ay, Jesús, que mi Luis encuentre algo cuando termine la carrera! No quiero verlo tristón, no quiero que a mi niño le faltan ilusiones y la alegría...

PARTIDA DE NAIPES XXX *Luis*

Me tumbo en la cama, y Ernesto empieza a contarme que su madre se ha disfrazado de rana para los carnavales con todas las vecinas del barrio. Pienso que tiene que ser una mujer muy alegre y divertida, desde luego hay que tener bemoles para salir a la calle vestida de rana con toda la comitiva anfibia. Me gustaría que mi madre también hiciera chorradas así y cambiara ese chip de sufridora que le han encajado en el cerebro. Mi madre, hipocondríaca y melancólica, rellena sus oquedades vitales echando mano de una sórdida película en blanco y negro de la que es siempre la desdichada heroína. Se toma la tensión ocho veces al día, y lee pausadamente los prospectos de los medicamentos. Repite por cienmilésima vez que cualquier día la vamos a encontrar muerta, y que entonces nos convenceremos de que realmente estaba muy enferma. Con la voz arrastrada por el embate, escupe que ese día empezaremos a echarla de menos como ocurre siempre con todo lo que se pierde. Mamá es una de esas mujeres cansadas de limpiar el polvo de los mismos muebles apolillados y viejos, una de esas mujeres católicas y apostólicas a las que la decencia sólo les ha reportado la misa del domingo y las bragas altas que ya no hacen juego con el sostén. Me mira siempre con una piedad que no conmueve, y me habla de las cosas de la vida como si las hubiese

leído en un manual de socorrismo para excursionistas. Pretende una solución fácil e inmediata a los problemas, aunque a veces esas soluciones sean completamente absurdas o inútiles.

Me levanto de la cama y me dirijo al escritorio. En una página de mi diario escribo: *He muerto ya muchas veces y no le temo. Ya tengo armas para participar en ese teatro levantado sobre el mundo. Otros como yo, amantes de las buenas obras literarias, tiraron por los desagües la retórica barata, se inyectaron una vacuna contra la demagogia inútil, empezaron a contar el tiempo más despacio, borraron de su lenguaje palabras para desarmar ese nuevo idioma que todo lo cuenta a golpe de megas, tarjetas de créditos, y tengounahipoteca.com. Haré lo mismo, lo hago ya.*”

Cierro el diario y me tumbo de nuevo en la cama. Pienso que me gustaría enfermar de irrealidad para ver a mi padre huir de esa tristeza mecánica que se le adhiere a los ojos y a la boca, para ver a mi madre lejos de esa vida desahuciada y gravísima donde todo padece de hipertensión y angustia. Me gustaría enfermar de irrealidad para creer que Ivana no esconde en los besos el tedio, la rutina y el asco. Quisiera ver a Rafael fuera de ese glandular tufo de miseria que vaga apátrida por la ciudad y corta las alas a todos los arcángeles. Quisiera que *El Lunático* fuera solo uno, y nunca se sentara a llorar en medio de la calle.

Pero no estoy enfermo de irrealidad, sino empachado de todo lo contrario, y entiendo que vivir es un dolor disfrazado de muchas cosas. Revuelve mi memoria jirones lóbregos de una lucha esquinada y falsaria en la que intento fabricar otro pellejo que no sea el de un animal resignado.

Me gustaría coger un puñado de letras para escribir en la arena donde juegan los niños que yo también participo todavía de la inocencia, y que puedo borrar los contornos de las palabras inútiles, y ahuyentar a la manada de lobos que hieren sin remedio la piel blanca de las muchachas dóciles. Me gustaría gritar que he hecho astillas el madero del naufrago porque ya no voy a la deriva, y estoy en la isla de todo lo posible, de todo lo que el empeño crea sin reservas. Me gustaría rehusar los regazos fríos de la sombra, los verbos que hacen cicatrices para engrandar la endémica angustia del que ya anda cansado por los senderos del mundo. No me interesa descifrar el rumbo que siguen los hombres grises que comulgan con la hipocresía. Sé que no me sirve emplear el tiempo en malgastarlo porque en apenas un minuto envejece la rosa en el pelo de Ivana, en apenas

unos segundos la cara de Rafael esboza una sonrisa que por derecho le pertenece, en apenas unas milésimas de segundo *el Lunático* recupera la cordura para odiarla.

Mañana me fumaré otro cigarro antes de subir a casa en este tiempo de tierras sembradas de sal y discursos de humo, en estas noches de ocaso y movimiento, de túnel y abismo. Tengo que hacerlo: mañana construiré un mundo nuevo sobre las ruinas de este como hicieron antaño los poetas que leemos en clase. Hay un plan para mañana: volver a encontrar mi camino y ganar la partida, sin importar que algunos ya me llamen “el filólogo impertinente”.